

MANAGUA, 1962

*...mi destino sudamericano
(Borges).*

Y estaba la ciudad allí,
sofocada, perezosa,
con sus tejados rojos,
sus calles retorcidas,
su engañoso aire rural,
al borde del ilusorio lago,
u océano de grisadas olas,
que finge un horizonte neblinoso
en la otra orilla.

Y frente al lago una gloria de piedra
decía la gloria de Rubén, tan lejos
de su París ambiguo, de Madrid otoñal,
de Buenos Aires.
Y el ojo pesado del mestizo
descansa ahora sus trabajos
de ciudadano del mundo
en su Managua,
bajo el cielo de feroz azul,
bajo las ramas donde columpian los monos
la certeza de que ésta es América junto al lago,
mientras pasan en torno los automóviles yanquis
hacia el afán de los negocios
o hacia el Gran Hotel para beber jugos y whisky.
Y estaban allí Pablo Antonio,
con su perfil concentrado sobre sí
y su sonrisa indócil;
y estaba Ernesto con su rostro joven
bajo los cabellos grises,
con las pupilas hondas de quien escuchó el silencio
y labró la tierra y encontró la Palabra
de este reino y del otro.

Y estaban Luis Alberto y Orlando,
en aquella Managua prendida
a la cintura más ardiente de América.
Como brotados de su propia voz, que me llegó primero,
labrada en verso, en carta,
en libro,
crecían ahora hasta su altura humana.
Afuera, el calor del trópico
penetraba las callejas con olor a plátano frito,
los cuartos enrejados donde cabecean las hamacas;
oprimía la sombra inmóvil bajo el perfil aludo.
Los soldados de la Guardia doblaban las esquinas,
jugaban con sus armas al desgaire.
En la habitación se oía un revuelo sonoro

de pájaros cercanos, extrañas músicas
o gritos casi humanos de pájaros del trópico.
Y las voces de los hombres inventaban,
sobre aquella aldea junto al lago,
un nuevo imperio de justicia:
Dios, libertad, pan para el alma y para el cuerpo
del hombre de la tierra.
Desde su cuartel la Guardia Nacional
vigila en tanto, día y noche, la ciudad.
"Nos ven, observan cada ángulo, rincón,
calleja o casa." ¿Recuerdas, Pablo Antonio?
Rodaba el automóvil y a cada giro
siempre descubríamos la pupila insomne
del Cuartel.
Pero ellos estaban allí,
allí soñaban en orden y en justicia.
Volvieron, como Rubén, del mundo,
de Madrid, de París, de Nueva York o San Francisco.
Fieles a su destino americano
Como Francisco de Laprida
que murió soñando Códigos,
o como Simón Bolívar que dijo:
"He arado en el mar".
Y allí estarán, entre fusiles y linotipos,
luchando con editoriales, poemas, salmos,
proclamas o discursos,
escribiendo, rezando o maldiciendo.
Entre la razón y la fe,
entre el amor y el odio,
viviendo
su destino americano.

6 - 2 - 1967